

vencer al fuerte armado y despojarle de todas las victorias que obtuviera de los infelices mortales: por romper las cadenas de nuestra esclavitud se ha humillado el Salvador, no solo tomando la forma de hombre, sino padeciendo y muriendo en el patíbulo de los delincuentes, no obstante ser la santidad por esencia.

Señores: si para llevar á cabo el objeto que nos hemos propuesto, os hubiera de explicar la intensidad y profundidad del dolor que experimenta la Santísima Virgen, desde luego quedaria confundido bajo el peso de mi ignorancia: lengua humana no es capaz de explicarlo, ni todo el poder del hombre es bastante para profundizar el Occéano de las amarguras en que María se halla sumergida. ¿Nos seria posible contar los granos de arena del mas elevado monte, ó las gotas de agua que se contienen en los mares? Pues así nos es imposible comprender la medida del martirio de esta Soberana emperatriz de todos los serafines; y tanta era la caridad que el Espíritu Santo le comunicaba, que al tiempo mismo que su alma estaba llena de amargura con la vista del sagrado cadáver de su divino Hijo, ofrecia sus dolores por la honra de Dios y salvacion de los hombres; amor que fué extraordinariamente agradable á Dios, que como dice un contemplativo autor, así como quiso que su Hijo fuese mediador y Redentor de todos los hombres, así tambien quiso que quedase María por mediadora y abogada de los mismos hombres.

Ahora bien: si el sacrificio cruento del Salvador y el ofrecimiento de los dolores de la Santísima Virgen por la salud del mundo, nos han de dar la salvacion, sabed, mis hermanos, que no se nos aplicarán en nuestro favor tan copiosos frutos, si habiendo perdido la

inocencia no hacemos saludable penitencia por nuestros pecados. Veámoslo en la

SEGUNDA PARTE.

¡Cuán feliz es la criatura luego que la Iglesia ha derramado sobre su cabeza el agua saludable del bautismo! ¡Qué estado mas envidiable! En tan fuerte tabla háse salvado del terrible naufragio del pecado: háse quebrantado la cadena de su esclavitud é infortunio, y ha adquirido nobles derechos, títulos grandiosos; pero apenas vá el hombre entrando en el uso de la razon, ¡oh desgracia! empieza á entregarse al pecado, manchando la blanca estola de su inocencia: aficionase al mundo antes que á Dios, y aun no ha fijado su pensamiento en las grandezas del cielo, cuando ya su corazon aspira por las de la tierra. Y despues que el hombre ha pecado, despues que ha perdido aquella gracia que recibiera en el bautismo, ¿qué le resta? Nada, porque la pérdida de Dios es la mayor de las pérdidas posibles. ¿Y habrá de perecer y perderse para siempre el infeliz pecador? ¿No habrá para él remedio? Sí, señores: aun le queda otra tabla de salvacion, que es la penitencia: renunciar á hacer penitencia es renunciar al cielo y aceptar el infierno: es no querer estar inscrito en el libro de los escogidos; es en suma mirar con la mayor indiferencia el interesantísimo negocio de la salvacion, objeto que debe ocupar todos nuestros cuidados, pero que por una triste fatalidad suele ser el mas olvidado. Tan necesaria es la penitencia, que el mismo Jesucristo nos dice: *Nisi penitentiam habueritis, omnes similiter peri-*

bitis (1). Si no hiciéreis penitencia, irremediabilmente pereceréis.

Si, pues, esto es una verdad innegable; si no hay otro camino libre y espedito para ir al cielo, ¿qué demencia es la nuestra cuando permanecemos tranquilos en el pecado, sin tratar de borrarle por la penitencia? ¿Cómo vivimos con tanto descuido, cómo si no fuera fácil á la muerte el sorprendernos? Si tanto interés nos tomamos por los asuntos que dicen orden á nuestra salud temporal, ¿cómo no pondremos los mismos medios por conseguir la salud eterna?

Y es una verdad, mis hermanos; cuando el hombre tiene su imaginacion ocupada en un asunto de interés, en un negocio lucrativo, no deja un momento de pensar en él, y de tal modo le ocupa, que hasta le hace perder el sueño. Instadle á que piense en la vida eterna: recordadle la necesidad en que está de hacer penitencia, y os contestará que conoce esta necesidad, pero que ahora se halla en la flor de su juventud y que la practicará mas adelante. ¿En qué concepto, os dirá, nos tendrá el mundo, si ahora que empezamos á brillar en la sociedad, si ahora que vamos haciendo rápidos progresos en las ciencias ó en el manejo de las armas; si ahora que por nuestra edad juvenil podemos gozar de los placeres, nos viese entregados á la penitencia? Es verdad que no hay otro camino de salvacion, ¿pero no atraeríamos sobre nosotros, no digo la risa, sino aun el desprecio de la sociedad, si nos separáramos de nuestros festivos amigos, de nuestras reuniones, si nos abstuviéramos de ciertos placeres y diversiones que son tan propias en nuestra juventud?

(1) Luc. cap. XIII, v. 6.

¡Ah! Mas adelante me convertiré y haré penitencia: cuando mis pasiones se hayan dormido; cuando no sienta en mi corazon el fuego de la sensualidad que hoy me devora, cuando ya por mi avanzada edad no tenga que dedicarme á otros negocios. ¡Engañoso aplazamiento que ha conducido á innumerables al infierno! ¿Acaso sabemos el dia ni la hora en que seremos llamados á juicio? Contemplad, mis hermanos, que cuando menos penseis en vuestra salvacion por estar entregados á los placeres, ó bien sea á vuestros negocios sociales, viene la muerte y allí os arrebatara la existencia donde la creiais mas distante. ¿A dónde iriais á parar en el momento? A dónde fueron tantos, que engañados miserablemente porque se creian de larga vida, fueron sorprendidos en el sueño, ó en medio de sus diversiones.

Al que con esta notable indiferencia mira el mas grave de todos los asuntos, pasásele la juventud y aumentásele su aficion á las cosas del mundo; siente aun mas que antes apartarse de aquello que le halaga y le divierte. Vuelve á dar nuevo plazo á su conciencia, y así llega á la vejez sin haber hecho cosa alguna por su alma, y encallecido ya, digámoslo así, en el pecado, ¿cuán difícil es que se convierta en su ancianidad! Si cuando estaba en todo su vigor y fuerza tanto resistió á la penitencia, ¿qué hará despues cuando en la vejez se ve sin fuerzas y abatido? Y esto suponiendo que á la vejez llegue el que así piensa.

No todos obran el mal: jóvenes hay que no viven en el desarreglo, pero que sin embargo tampoco piensan en la salvacion, y si tuvieron la desventura de caer, en todo piensan menos en levantarse. Habladles á estos de ejercicios piadosos, de frecuencia de sacra-

mentos, de oracion y de penitencia; pero ellos se reirán de vosotros, y os dirán que su edad no es la mas á propósito; pero cuando estos lleguen á mayor edad no por eso mudan de resolucion: quédese, dicen, la oracion y la penitencia para los eclesiásticos, que por su estado están llamados á la contemplacion de las cosas eternas, mientras que nosotros que tal vocacion no tenemos, disfrutamos de los placeres que el mundo nos presenta y nos ofrece. ¿Por ventura, diré yo á estos, ha señalado el Señor diversos caminos para llegar al cielo? ¿Ha establecido una puerta angosta y otra ancha para penetrar en él? ¿Os ha dado á vosotros diversa ley que á sus ministros? Yo no dudo, mis hermanos, antes por el contrario sé muy bien que los que por nuestro ministerio debemos enseñar á las gentes las sendas de la salvacion con nuestras palabras y ejemplos, debemos ser modelos de virtud, y aun ciertas diversiones y acciones que son lícitas en los legos, son en nosotros pecaminosas. Mas tambien conozco que á vosotros no se ha dado facultad de pecar; que teneis los mandamientos, y que tampoco entrareis en el cielo si no haceis saludable penitencia de vuestros pecados. *Nisi pœnitentiam habueritis, omnes similiter peribitis.*

Monstruosa es, mis señores, la ingratitud del cristiano que vive tranquilo en el olvido de la salvacion: en primer lugar es cruel consigo mismo, porque ¿no es verdaderamente una crueldad matar el alma con sus propias manos? ¡Ah! cuán doloroso es para Jesucristo este abandono y cuán aflictivo para la Santísima Virgen! El Salvador, cuyo corazon es tan misericordioso, no puede menos de sentir de un modo extraordinario la pérdida de un alma, puesto que tantos ultrajes, afrentas y tormentos le costó nuestro rescate. ¿Que-

reis comprender, mis hermanos, lo extraordinario de vuestra ingratitud? Traed á la memoria á Jesucristo crucificado, que es un libro escrito por dentro y fuera, donde podemos estudiar las mas interesantes lecciones: recordad despues uno por uno sus tormentos, los ultrajes que recibió en los tribunales, las bofetadas que le dieron, los insultos que le prodigaron: vedle con vuestra consideracion estendido sobre la Cruz, y observad la crueldad con que en ella es clavado. Contempladle por último elevado entre el cielo y la tierra, y admiraos al ver que aun siendo cadáver es todavía objeto de las mayores injurias. Ved su costado abierto por el desapiadado hierro de la lanza, y preguntadle: ¿por qué padecer de un modo tan cruel? ¿Por qué tantas afrentas y tormentos? ¿Por qué aparecer como leproso la hermosura misma, como reo el inocente, como pecador el santo por esencia? ¿Por qué tan proceloso mar de tribulaciones? Y oireis la dulce voz del Redentor que os dice: «Por tí, hombre pecador, me entregué á los tormentos y á la muerte; porque volvieras á adquirir los derechos que habias perdido del cielo.» Isaias nos lo habia dicho siglos antes que se verificase la escena del Calvario: «El fué llagado por nuestras iniquidades; quebrantado fué por nuestros pecados; el castigo para nuestra paz fué sobre él, y con sus cardenales fuimos sanados (1).»

¡Cuán grande y extraordinaria es, Salvador amorosísimo, vuestra misericordia! El hombre es el tierno objeto de vuestro cariño: por él os entregásteis en manos de vuestros enemigos; por él tomásteis la Cruz sobre vuestros hombros; por él exhalásteis vuestro

(1) Isai. cap. LIII. v. 5.

aliento en el patíbulo de la Cruz. ¡Qué amor tan extraordinario el vuestro! ¡qué ingratitud tan inicua la nuestra!

Lo repetiré, mis hermanos: no hay mas que dos caminos para entrar en la posesion de esa gloria que Jesucristo nos conquistó con su Cruz, la inocencia ó la penitencia. ¿Podeis gloriaros de conservar la inocencia que adquiristeis en el bautismo? ¿Conservais aquella gracia que os elevó á la dignidad de hijos de Dios? ¡Ah! vuestros gemidos me estan diciendo que perdisteis estado tan feliz y envidiable. Manchásteis vuestra blanca estola: lavadla, pues, por una fructuosa penitencia. Jesucristo ha hecho por nosotros cuanto podia por salvarnos: nos ha reconciliado con su Eterno Padre, clavando en su Cruz la escritura de nuestra maldicion.

Acudamos, pues, á esa afligida Reina de los Mártires, y si queremos que sea para nosotros fructuosa la sangre del Calvario, supliquemos á María, y supliquémosla por sus profundos dolores, que nos alcance de su Divino Hijo gracias de conversion, que haciéndonos llorar nuestros pecados y practicar penitencia por ellos, miremos con atencion cristiana el negocio interesante de nuestra salvacion, para que un dia tengamos la inestimable dicha de ser participantes de la triunfante Iglesia, que es la gloria. Amen.

SERMON

SOBRE EL

SÉTIMO DOLOR DE MARÍA SANTÍSIMA.

Entierro de Jesucristo y soledad de su Madre.

Et accepto corpore, Joseph involvit illud in sindone munda. Et possuit illud in monumento.

Y tomando José el cuerpo le envolvió en una sábana limpia, y le puso en un sepulcro.

Math. cap. XXVII, v. 59 y 60.

Murió el Salvador amorosísimo de la humanidad, y su sagrado cadáver va á ser enterrado en un sepulcro. El padre san Anselmo hablando sobre este último dolor de la Santísima Virgen, queda suspendido y confiesa que no encuentra palabras con que explicarse. ¿Qué, pues, diré yo que estoy á gran distancia de la virtud y ciencia de este Padre? En un asunto en el que guardan silencio los Evangelistas, y que se hace imposible de explicar á las grandes lumbreras de la Iglesia, ¿qué explicacion podrá dar el mas indigno y menos apto de los oradores evangélicos? Nuestro dolor y nuestras lágrimas deben ser hoy el lenguaje